

LA EVOLUCION DE PORTUGAL

Por supuesto, sólo determinadas capas ilustradas de Galicia conocen con cierta precisión en España la realidad portuguesa. Esta situación viene de lejos, del nebuloso momento del siglo XIX en el que la cultura gallega renació de un sueño secular y descubrió su hermandad con la cultura allende el Miño. Curros Enríquez tradujo, así, los severísimos vates civiles lusitanos al castellano; Valle-Inclán le yó con apetito y divulgó, por ganar cuatro pesetas, alguna ilustre cabeza portuguesa. Todo escritor gallego es y fue un francotirador lusista, yo incluido. Las generaciones literarias que se suceden en Galicia compitiendo con lo adverso se plantean diacrónicamente la difícil unidad con Portugal. Y mientras tanto (salvo ilustradísimos del género Unamuno, o dedicados aislados del género, Cucurull o Ángel Crespo), la España no gallega es tan ajena a Portugal, al pueblo, lengua, vida, gentes de Portugal; a su historia, política, arte, literatura, como a Albania. Madrid está culturalmente a nivel de información, tan lejos de Portugal como de una Sicilia áspera y blanda que subconscientemente palpita al Oeste ibérico y vagamente se sienta vivir, pero se ignore. ¿Quién habla y lee portugués en España, salvo algunos gallegos (incluido el gallego exterior Dámaso Alonso)? ¿Cuántos escritores españoles son capaces de recitar un soneto de Camões? Curiosa contrapartida: la intelectualidad portuguesa lee y comprende muy bien el castellano, incluso hallándose condicionada por los lejanos astros de París desde el siglo XVIII. Y es milagro que sabiendo de Castilla apenas la estación sórdida de Medina del Campo (parada, durante generaciones, de ilustrados portugueses peregrinos al naturalismo, al simbolismo, a la vanguardia, en espera del exprés Madrid-Hendaya), haya habido en los círculos sabios de Portugal una tradicional dedicación a las letras mesetarias. Tome nota quien se considere destinatario y reflexione sobre la necesidad de que esta situación se cambie. Por muchas razones.

Y no sólo porque en Galicia hablemos y escribamos una de las dos ramas del romance gallegoportugués. Es posible que el hecho que voy a relatar sea únicamente conocido por gentes rela-

cionadas con la Sección de Filología Románica de nuestras Facultades de Letras, pero bien vale que trascienda a espacios más aireados de la cultura. Todos deben saberlo: el portugués es una lengua hablada por muchos españoles, hijos y nietos de españoles, apuntados en Registros Cíviles españoles y participes, con todos los hombres populares españoles, de los grandes dramas colectivos españoles. Sépase: en España no sólo hay alógenos gallegos, vascos y catalanes. No sólo se habla occitano en el valle de Arán. En España se habla portugués, de Norte a Sur, en Alamedilla (provincia de Salamanca), en San Martín de Trevejo, Eljas y Valverde del Fresno (provincia de Cáceres); en Olivenza, Cheles, Táliga y aldeas circundantes (provincia de Badajoz).

Y por respeto a las gentes de estos pueblos que sordamente se apegan a (y continúan) la cultura portuguesa entre el analfabetismo y la alfabetización en castellano, por respeto a Galicia, a la unidad ibérica, a una lengua románica extendida por los cinco continentes, se me ocurre que el pueblo español debería dignarse a lanzar algún que otro vistazo a la larga frontera que le corta el mar por Occidente y tratar de ver qué pasa o qué no pasa más allá.

ANTES DE SALAZAR

La reciente historia de Portugal es fascinante por diversas razones que, por lo que adelante se expondrá, el lector no especializado ha de entender.

No resultará chocante comprobar que el siglo XVIII fue ilustrado despótico y racionalista. Tanto, que el inteligentísimo marqués de Pombal (señor de la cultura, la guerra, la política en la segunda mitad del siglo y bajo el ala protectora del Rey José I) tomó sus medidas antiaristocráticas y anticlericales. Medidas muy espectaculares (horrorizaron a la sociedad estamental que mesturaba medioevo y contrarreforma con furia poseedora del monopolio de la tierra y de las conciencias) que tuvieron su gran cohete publicitario en la expulsión de los jesuitas y su movimiento de oposición en el alzamiento de los buenos y opulentos caballeros de la casa de Aveiro, que terminaron en el cadalso, mártires.

Tampoco extrañará a nadie el hecho de que en el siglo XIX combatan entre sí la burguesía (y sus representantes liberales) contra el absolutismo que hundía sus pezuñas en los latifundios y en el goce de sus frutos. Los absolutistas se encarnizan contra un fantasma que amenaza Europa:

el nuevo orden que predicaban los románticos, los embozados conspiradores de club y sociedad secreta humanitaria. Un rigodón, pavána, contradanza, se traza entre la oligarquía brasileña que ama ser independiente (y se independiza) y la oligarquía metropolitana, que ve trastornado su sistema y todo empieza a darle vueltas. Así, en el 22 se confecciona un Constitución con telón de fondo en la cadena de libertades y derechos proclamada en su día por el más hermoso texto supraestructural burgués: la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Revolución francesa. La secesión e imperio del Brasil (esa cosa tremenda, capaz del conceptismo, hoy, de Guimaraes Rosa, cuando no del retablohojarasca Glauber Rocha) y los combates entre reaccionarios feudales y ardidos paladines del hombre libre nuevo llenan un siglo pasado que, antes de sobrepasar el feudalismo, proyecta a Portugal sobre África, genera una burguesía que zorramente se acomoda sobre el territorio del Imperio (fijense: cinco continentes), al tiempo que aparecen, hacia su fin, grandes luchas obreras y se siente la mordiente tenaz del radicalismo liberal pequeño-burgués. Ante la agitación, he aquí que el señor Rey don Carlos I confía el poder a un dictador, João Franco, que aprietta el torniquete de la represión, pero siente caer sobre su cabeza amplias masas populares concitadas por la crisis. Y el Rey muere, muy gordo, sobre el pavimento de Lisboa —estaba entrando el siglo XX—, salvándose del atentado su hijo menor por la presencia de ánimo de la Reina Amelia (decoradora ésta de la residencia más obsesionante, nefasta, «kitsch», del universo mundo decimonono: el palacio de Cintra, a disposición del lector a un paso de nuestro Estoril).

El caso es que, maduras las cosas, dulcemente peñadas por el viento de la Historia, el poder baja a la calle, y lo recogen los liberales, que implantan la República. Esto es: la democracia, el parlamentarismo, los radicales y laicistas escandalizándolo todo, los feudales y los cléricos, horrorizados. No tardaría mucho en aparecerse la Virgen en Fátima, sierra inhóspita, para aportar un subsidio contra tantísima barbarie.

A todo esto, los repúblicos por-

Año 1936: El doctor Salazar presenta su nuevo gobierno al Presidente de la República, mariscal Carmona.





Calle de la Lisboa antigua. Abajo, el puente Salazar sobre el Tajo.



tugueses —recuérdese la imagen durísima, barbada de algodón en rama, vagamente gineriana, de Bernardino Machado— se aplicarán tan bien a la tarea de participar con los aliados en la guerra de 1914-18, de enjalbegar el país con una capa de laicismo, de amenazar al gran capital agrario, que el Ejército, interpretando aspiraciones muy profundas del gran capital, ocupa el poder en 1926 e instaura una dictadura militar que rápidamente centra el poder de decisión en manos de un «dandy» de cerebro pasivo: el general Carmona.

LA DICTADURA FINANCIERA (1828-1931)

Las derechas portuguesas tenían en su seno chicos listos que leían a Maurras, como cualquier derecha respetable. Uno de sus elementos representativos era el profesor Oliveira Salazar. Enlutado, sobrio, concentrado en espiral sobre sus pequeñas obsesiones, Salazar meditaba en Coimbra, ciudad estrecha. En torno de él, los estudiantes de entonces practicaban ritos medievales de carácter bufo y moderadamente sádico: la praxis académica. Incluso en la tradición del catolicismo conservador, en el fondo de Salazar latía un instintivo odio a la sociedad industrial. O, mejor dicho: odio al cambio de costumbres operado por ésta, a sus consecuencias supraestructurales. Nunca renegó del sistema capitalista (porque nunca renegó del sutil arte de lo posible), y consideró al capitalismo como legítimo sucesor del sistema agrario y artesanal. Creo, no sé si estaré equivocado, que en lo íntimo de su pensamiento latía este motivo nodular: conseguir que la cultura portuguesa se mantuviese en un nivel de patriarcalismo rural, sin renunciar por ello a la concentración capitalista. Como Vicente Risco en Galicia —lector ocasional de Sardinha y de los tradicionalistas portugueses—, se sentía íntimamente turbado por los «avances del materialismo», por la transformación de las tradiciones familiares, por la quiebra del poder absoluto del clero sobre el buen pueblo, por la presencia del positivismo burgués, del socialismo obrero, de la razón. Y dedicó, tuvo que haber dedicado, largas horas de su vida enlutada, de su vida sin gestos, a gestar el camino hacia el triunfo sobre sus fobias principales. Un triunfo que suponía la restauración de la moral ancestral, de la cultura campesina, sin prescindir del inevitable proceso de evolución capitalista.

La ocasión se manifestó en 1928, cuando Carmona, desbordado por la crisis, deseoso de complacer a aquella burguesía que constituía

LA EVOLUCION DE PORTUGAL

la base de su movimiento militar, ofrece la cartera de Finanzas a Oliveira Salazar. Este, disimulando su ansia de poder y considerándose imprescindible, impone condiciones. Se le aceptan, y en el acto de toma de posesión de su flamante cargo, el nuevo ministro civil estrella estas palabras en el rostro de aquellos uniformados: «Agradezco a V. E. la invitación que me ha hecho para ocuparme de la cartera de Finanzas. No debe agradecerme el haber aceptado el encargo, porque representa para mí tan gran sacrificio, que por favor o amabilidad no lo haría a nadie. Lo hago por mi país como deber de conciencia, firmemente, serenamente cumplido».

Fría y serenamente, Salazar se prepara para ser cabeza y dueño de Portugal. Y habrá de conseguirlo. Pero antes considera que es precisa una intervención en toda la actividad de la Hacienda, en todo el tráfico económico de la Administración. Como un oscuro tenedor de libros, como un plumífero concienzudo del debe y del haber (tal y como lo describió en un artículo su admirador Josep Pla), controla los gastos de todos los Ministerios. El aparato militar que detenta el poder descansa en su eficiencia y confía en sus largos silencios, rotos, con frecuencia, por avisos y reconveniones (dicho todo en portugués estricto, castizo) que no dejan duda sobre sus propósitos. Así, cuando reclama que el país «obedezca cuando llegue la ocasión de mandar» es bien cierto que se está refiriendo a una nueva etapa política que habrá de venir: la transformación de la dictadura militar en dictadura del burócrata civil Oliveira Salazar. O cuando con nitidez escalofriante afirma: «Es la ascensión dolorosa de un calvario. Repito: es la ascensión dolorosa de un calvario. En la cima pueden morir los hombres, pero se redimen las patrias», no nos puede caber la menor duda sobre las intenciones disciplinarias del ilustre maestro de Coimbra. Cree en sí mismo, en su dimensión histórica, en su misión de conductor, como en una fatalidad para el pueblo y para sí propio esencialmente inevitable. Sabe que puede llevar a feliz puerto la nave de sus designios, y se apresta a cumplir con el encargo de los hados. «Para poder —dice—, basta querer; para querer, basta saber que se puede».

Durante esta etapa, el ministro de Finanzas hace fracasar ante

el Gobierno toda iniciativa de desarrollo o de fomento, considerando que antes es preciso sanear las cuentas del Estado y llegar a establecer el equilibrio presupuestario. Niveló, sí, el presupuesto, reformó el sistema tributario, barró del poder (tras la crisis de 1929 sobre la negativa del Gobierno a la celebración de procesiones) los últimos restos del laicismo republicano, desplaza corriente de opinión adversa o a antagonistas individuales.

Hasta que en 1930, en un conjunto internacional dominado por la crisis económica, el gran autócrata considera terminada su obra de fundamentación económi-

ca, su labor previa. ¿Previa a una restauración de las libertades públicas, del sistema parlamentario? Hubo, es cierto, tendencias dentro del régimen que así lo deseaban. Mal que bien, desde 1926 a 1931, la opinión pública, los notables políticos y militares, sentían al unísono que la dictadura militar era una etapa provisoria que necesariamente tendría que dar paso de nuevo a una legalidad constitucional, a un reencuentro del poder con los civiles. Por un lado se revelaba la alternativa de la vuelta a la República de 1910, que la propia burguesía desautorizara en su día espantada por su debilidad ante el incipiente

movimiento obrero. Por otro lado, la opción monárquico-tradicionalista y monárquico-constitucional, que se dividían las adhesiones de la aristocracia y de capas de terratenientes indecisos. Y finalmente se hallaba la línea principal: la línea que sabría conjugar el apoyo de los sectores mayoritarios del capital y de los latifundistas; la línea que aliaría a éstos con la burguesía pequeña y media, que temblaban a dos voces por su seguridad ante la crisis de 1929; la línea que sería apoyada por una Iglesia en vilo tras toda clase de medidas encaminadas a desposeerla de su influencia y propiedades; la línea capacitada para frenar la amenaza del movimiento obrero; la línea totalitaria de Oliveira Salazar, en suma.

Marcelo Caetano.



LOS FUNDAMENTOS DEL SALAZARISMO

Hay un periodo de tiempo, entre 1931 y 1933, en que el doctor Oliveira Salazar va concentrando en sus manos el poder todo, lentamente transformando una dictadura militar, fundamentada en el Ejército, en una dictadura civil respaldada por la Policía Política (PIDE).

En 1931 se inicia, pues, el proceso de institucionalización del *Estado Novo*, que se concretará en la adopción de las siguientes medidas:

a) La creación (aunque su planteamiento data ya de 1930) del partido único (aunque su planteamiento data de 1930), titulado Unión Nacional, basado en el «ansia de autoridad y disciplina que agita a las nuevas generaciones» (Salazar). Naturalmente, el partido se propone crear un «orden nuevo» y declara el derecho de Portugal a «poseer fuera del territorio europeo». Finalmente: es un partido enemigo del sistema de partidos que se presentan a sí mismo como algo muy misterioso y distinto de un partido.

b) La creación de un Consejo Político que colabore con el Gobierno en sus proyectos de institucionalización del *Estado Novo* corporativo.

c) La elección de Oliveira Salazar presidente del Consejo de Ministros. Este, como quien tiene ya todo preparado y previsto, lanza como una ametralladora decretos que regularán el Estado corporativo y fundamentarán



Herminio da Palma.

sus instituciones centrales, instituciones que son:

— El Estatuto del Trabajo Nacional: Carta que regula las relaciones laborales.

— Los Gremios y los Sindicatos Nacionales: Instituciones llamadas a englobar a patronos y obreros sobre la base de la superación de la lucha de clases y la colaboración en aras del bien común de la nación.

— Las Casas del Pueblo: Entidades encaminadas al encuadramiento de minifundistas norteros y proletarios campesinos.

— La Magistratura del Trabajo: Órgano que resolvería los conflictos laborales con carácter de Tribunal especial y con apelación a una instancia judicial superior.

— El Consejo Corporativo Nacional: Órgano superior de coordinación y control de todo el sistema salazarista.

Así, la nueva Constitución y los órganos llamados corporativos que la flanquean y ensanchan pasarán a ser un cuerpo absolutamente en contradicción con las cartas constitucionales que desde 1822 hasta 1911 regulaban la vida de la nación portuguesa. Ni partidos, ni democracia, ni parlamentarismo. Algo nuevo, llamado *corporativismo*, que en 1933 había definido admirablemente el ministro señor Pais Sousa: «La base de la organización política del Estado tiene que estar en la familia, a la que debe defender y proteger; en la parroquia y en el municipio, que de ella derivan; en la provincia, que debe tener personalidad especial, por el territorio, la población y la Historia, y en las corporaciones morales y económicas, donde, por las propias circunstancias de las sociedades civilizadas y por la acción reguladora del Estado, tienen que estar reunidos, dispuestos y armonizados los diferentes intereses espirituales y familiares...».

Esto es, visto por encima, el corporativismo, el salazarismo, que habría de fascinar, y seguiría por mucho tiempo fascinando, a la extrema derecha de Europa: desde lord Mosley a Jacques Susini y a Almirante, pasando por el cadáver político del profesor Gil Robles. Fórmula meditada y racionalizada que pretendía conservar la cultura tradicional portuguesa, relevar a la democracia parlamentaria, incapaz de domar el avance del socialismo;

frenar este avance y conjurar la crisis económica mediante la intervención del Estado.

PRESENCIA DEL NUEVO PROFESOR

Muerto Salazar, se acabó el salazarismo. Esto, al menos, fue lo que pensó mucha gente en Portugal. Según esta gente, si Salazar representaba un sistema cerrado sobre sí como un circuito carcelario, constitutivamente incapaz de emitir órganos, ondas, dimensiones institucionales más allá del corporativismo, el nuevo jefe de Gobierno, profesor Marcelo Caetano, encarnaría la posibilidad de evolución del régimen hacia fórmulas democráticas y liberales. O sea: lo mismo que en el filo de 1931 hubo quien confió en una vuelta a las libertades de 1910, a la incapacitación y muerte de Salazar, y con la aparición de Caetano, muchos émulos de aquellos ingenuos soñaron con una autodisolución del sistema autoritario.

Los optimistas del evolucionismo analizaron así la situación: El salazarismo fue la dictadura de los agricultores, de la pequeña y de la media burguesía; una dictadura tradicionalista que pretendía reducir a Portugal al estrecho marco de unas instituciones favorecedoras de esquemas precapitalistas, estamentales, feudales. Si bien es cierto que el gran capital industrial y financiero engordó bajo Salazar —siguen diciendo los optimistas—, esto se produjo a pesar de las trabas que le imponía Salazar, el integralista, el tradicionalista. De manera que, muerto el autócrata, las *nouvelles vagues de nouveaux patrons*, de capitalistas progresivos, emprendedores, europeístas, etcétera, proyectan sobre la escena política a Marcelo Caetano, quien, forzosamente, colocará Portugal al nivel de democracia de la Europa del Mercado Común.

Pero es posible que este análisis sea falso. Un examen atento de la evolución social y económica de Portugal bajo el salazarismo nos ofrece estos datos: el Régimen de Salazar favoreció el desarrollo capitalista, su centralización y concentración. Su política económica sería, así, «progresiva» y «moderna». Tan moderna, que arruinó la pequeña empresa, proletarizó grandes sectores de pequeños propietarios. Bajo sus medidas fiscales y políticas se formó un poderoso núcleo financiero y se crearon instituciones industriales, de servicios y agrícolas de carácter monopolista, que muy ágilmente fueron a buscar provechosas alianzas matrimoniales con el imperialismo más allá de las fronteras patrias. En este caso, ¿qué supone el marcelismo? Sencillamente: la continuación del mismo sistema, actualizando a la hora de la Europa de los monopolios todo un sistema de representaciones culturales.

Estamos, pues, ante un problema que, trasbordado a la terminología lingüística —y disimúlese la licencia—, podría formularse diciendo que el fenómeno político portugués mantiene el semántico (núcleo esencial de significado) salazarista y varía únicamente algunos morfemas de carácter aséptico. O, lo que es lo mismo: el marcelismo es un accidente histórico del salazarismo, o un salazarismo de guante blanco, o algo así. Cambia la faz de la cariatide: sonrisa, simpatía, catedrático de Derecho Administrativo (ciencia impersonal). La PIDE gana en discreción operativa y llega a perder su nombre. Una espléndida primavera electoral dulcifica el Portugal de 1969. La oposición prepara su artillería retórica, revisa sus archivos, sus análisis más o menos precarios y se enfrenta con el poder.

Las elecciones de 1969 fueron una singular prueba de fuerza en la que el Gobierno quiso saber a ciencia cierta hasta qué punto podían sus oponentes ofrecer alternativas. Debó quedar horrorizado ante la multiplicidad, riqueza, proliferación de los enemigos del sistema, y procedió a cerrarlas con renovada fuerza puertas y ventanas una vez terminado el período electoral. Como dice Sottomayor Cardia (un joven partícipe de la gesta), «en pocos meses (en pocas semanas en algunos distritos como Lisboa) supo la oposición organizar un movimiento electoral que, a pesar de la improvisación y de las limitaciones, dotó a la vida política portuguesa de una faz enteramente renovada». Un am-

plio frente democrático se enfrentó a la vieja Unión Nacional y la obligó literalmente a marchar a su paso a lo largo de todo el proceso. Un vasto proceso de denuncia del régimen, a partir de activísimos núcleos que cubrían el país casi por completo, se desató con brío inaudito. La represión fue inexistente, o incierta, o esporádica. Caetano, seguro de sí, dejaba desgañarse a los honestos tribunos de la acera de enfrente mientras grupos ultras, asustados, tomaban iniciativas de violencia irracional contra algunas sedes de las CDE (Comisiones Democráticas Electorales). El resultado fue el triunfo absoluto de los candidatos del Gobierno (como estaba previsto), y los demócratas, tras la primavera, quedaron de nuevo confinados en su estricto «ghetto» de silencio.

Marcelo Caetano disfruta de una imagen de marca muy semejante a la de otros políticos conservadores bien trajeados y afetados: Giscard d'Estaing, Rafael Caldera, López Rodó. Un aura de eficiencia, paciencia, cortesía, moderación, rodea a su figura. El y sus seguidores se adhieren a la doctrina de la muerte de las ideologías, que tuvo su muerte en las barricadas de mayo de 1968, y muy desdibujadamente —como ya se ha dicho—, Raymond Aron sustituye en su pensamiento al Maurras sórdido y neofeudal que quizá instruyera los primeros pasos de su predecesor. Como paradigma de su praxis política, señalemos que piensa y ejecuta una reforma educativa nominalista, que troca el lenguaje pedagógico del XIX por una fraseología anglosajona pasada a través del inteligentísimo Edgard Faure y subvencionada por los mismos arganisms internacionales (quizá) que otras semejantes reformas educativas. Cae la vieja Coímbra, se volatilizan sus capas, cambian la escuela y el liceo, y la Universidad napoleónica se verá sustituida por otra cosa más ágil, más departamental, más fácil de dirigir desde un Ministerio. Pero permanece el sistema, y permanecerá por largo tiempo, porque los mismos monopolios que mantuvieron (a veces a la greña y con discrepancias desde la segunda guerra mundial) al viejo profesor se hallan detrás del nuevo, dispuesto —como todos los recién llegados— a caer en la eterna tentación de modificar el lenguaje por no modificar las cosas.



Ella quería probar mi cara...

Imaginate... ¡cómo me iba a negar!... y a las cuatro de la mañana. Además... usando Lectric... Total que se acercó y yo... claro, me puse a hablar de Lectric Shave. De lo bien que prepara la barba y de las horas que dura el afeitado eléctrico de Williams. Pero ella no quería saber nada de Lectric Shave Williams. ¡Figúrate! Sólo yo sé lo importante que ha sido Lectric esta noche.

Lectric Shave de Williams para días más largos.



LA EVOLUCION DE PORTUGAL

PANORAMA DE LA OPOSICION EN PORTUGAL

Considerando, pues, al Régimen de Caetano como una continuación del de Salazar, cabría preguntarse qué grupos políticos se le oponen. En primer lugar, contra el Régimen portugués se despliega un frente político y militar que pretende destruirle: las guerras de liberación de Angola, Guinea y Mozambique, dirigidas, respectivamente, por el Movimiento Popular de Liberación de Angola, PAIGC (Partido de la Independencia de Guinea y Cabo Verde) y FRELIMO (Frente de Liberación de Mozambique). Los guerrilleros africanos se encuentran, según los países, en distintas fases de su revolución nacional-popular. Si en Guinea han logrado ya crear zonas liberadas y un rudimento de Estado en ellas, en las restantes colonias se mueven sobre el terreno sin asentamientos definitivos. Toda la vida política, moral, familiar de Portugal se halla condicionada por esta guerra de una u otra manera. En la vanguardia de los enemigos del Régimen se hallan los nacionalismos africanos, quienes, asimismo, determinan el comportamiento civil y político de la totalidad de los portugueses. La solución, en definitiva, del problema podría revestir tres modalidades: a) La independencia bajo control africano anticolonialista y ant imperialista. b) La independencia bajo control de los colonos portugueses (al estilo de Rhodesia). c) La independencia formal neocolonialista. La primera modalidad es la apoyada por la Unión Soviética y China; la segunda goza de las simpatías de Ian Smith y del régimen racista de Sudáfrica; la tercera es, quizá, una secreta esperanza de los Estados Unidos, quienes ya en vida de Salazar subvencionaron el movimiento nacional-tribalista UPA, de Holden Roberto, netamente proamericano.

Consecuencia de esta guerra colonial es el malestar de la juventud y de amplias masas populares y el aislamiento económico de Portugal, que difícilmente puede aspirar a unas francas relaciones comerciales con la mayor parte de los países del Tercer Mundo, y mucho menos con los países socialistas (al revés de otros regímenes de fuerza, como es el caso de Grecia). Como remate, diga-

mos que la guerra colonial es la clave para comprender la extraordinaria coherencia interior de la oposición portuguesa en la fase actual de su existencia.

Podemos decir que la primera fuerza de oposición es el Partido Comunista, de línea soviética, cuyo dirigente máximo es posiblemente el rojo más inteligente de Europa desde Togliatti: Alvaro Cunhal. Proclama la lucha de masas, la participación de los dirigentes obreros en los Sindicatos Nacionales, la unidad de todas las fuerzas democráticas, la alianza con la pequeña burguesía y sectores de la burguesía media. Pero hétenos aquí que, muy recientemente, un sector del PCP se separa de la casa central y funda un organismo llamado ARA (Acción Revolucionaria Armada), que reniega del pacifismo y se propone llevar a cabo golpes violentos contra objetivos idénticos a los señalados como principales en el análisis del PCP. Esto es: la ARA decide continuar la lucha con otros medios (fiel al lugar común de Clausewitz) y apoyando la lucha del PCP y su sistema de alianzas. Pronto ejecuta acciones espectaculares (como la bomba en la sede de la OTAN) y se pone de acuerdo con la LUAR (Liga Unida de Acción Revolucionaria), remozada recientemente con cuadros jóvenes, que viene manteniendo una continua actividad armada bajo el comando de Herminio da Palma, entrevistado por TRIUNFO en su momento. Lo más extraño de todo es que la Unión Soviética (Suslov, o quien quiera que en las cúpulas moscovitas decida sobre las grandes opciones de los partidos comunistas en el mundo) no se opone a esta actividad armada. Nótese esto: no se opone. Y Alvaro Cunhal llega a un acuerdo con la ARA, que se reintegra a la disciplina del PCP, aunque sin perder su autonomía, y con la LUAR, que se compromete a suspender toda posible lucha ideológica contra el revisionismo (al menos públicamente).

Como se verá, la originalidad de Portugal, nuestro desconocido vecino, no se reduce al Régimen corporativo del profesor Oliveira Salazar ni a su sucesor eurocrático y nominalista. La originalidad de Portugal radica también en la estructura de su oposición. El único partido comunista europeo que hoy acepta, y aun practica, la lucha armada es el PCP, con el beneplácito de la

Unión Soviética. En efecto, esta última potencia tiene planteada una política a largo plazo en Africa, y esta política sólo podrá ser realizada si no se opone a un enfrentamiento resuelto de los comunistas con el Gobierno portugués, con el Gobierno del primer país colonialista del mundo. Sólo así la resultará cómodo en su día influir en los inmensos territorios de Angola, Mozambique y Guinea y competir con las alternativas chinas.

Un bloque, más cerrado que lo que es habitual en el mundo, se enfrenta al Régimen del profesor Marcelo Caetano: los comunistas, los demócratas cristianos, los viejos socialistas, el joven clero. Y los avances de este bloque se hallan respaldados por dos movimientos armados (aún en germen, pero de desarrollo imprevisible). Francamente contrarios a este bloque, y al margen, se encuentran los grupos comunistas a la izquierda del PCP, el principal de los cuales es el Partido Comunista Portugués (marxista-leninista), y de signo absolutamente contrario, los socialdemócratas de Mario Soares (curioso personaje calurosamente enfatizado por Augusto Assis en 1969, lo que constituye una buena prueba de su filiación atlantista).

Bloque este que quizá represente profundas aspiraciones de las capas populares portuguesas y cuyo destino, a corto o a largo plazo, no resulta fácil predecir. A su izquierda, los maoístas declaran que no conduce al socialismo; a su derecha, Mario Soares huye de integrarse en su seno, con lo cual demuestra confiar mucho en su triunfo. Frente al bloque, Caetano (su mansedumbre de hierro, las contradicciones de su modernización en superficie), con una mirada cargada de ironía, que Cunhal, paciente, recoge y devuelve al testimonial obispo contestatario de Oporto, quien (quizá, quizá) se la transmita, preocupado por sus métodos violentos, al último protagonista de este drama popular: el sagaz, imprevisible Herminio da Palma.

¿Qué será de este hermosísimo, agri dulce, profundo país ibérico que nació en la Reconquista con la marcha hacia el Sur de los aguerridos montañeses del macizo galaico? Creo, sin temor a equivocarme, que la clave está en la evolución y desenlace de la guerra colonial.

Entre tanto, atención a Portugal. ■ X. L. M. F.



UN TESTIMONIO DE MARIO SOARES

Mario Soares, exilado en París, donde es profesor (encargado de curso) en las Universidades de Vincennes y de París IV, viajero frecuente por España, ha publicado en Calmann-Levy el libro "Le Portugal bâillonné", que considera como un testimonio de la larga y difícil lucha de la oposición en Portugal, de la que Soares es uno de los protagonistas (encarcelado doce veces, deportado a la isla de Sao Tomé, donde comenzó a escribir este libro). Es prácticamente una autobiografía política; al hilo de su aventura personal en la oposición, se relatan los acontecimientos políticos portugueses, desde su propia óptica de protagonista, con una evidente fuerza, una considerable pasión. Es interesante la explicación de la doctrina política de Soares, porque representa la de un grupo político considerable en Portugal. Ningún modelo actual de socialismo le satisface plenamente; repudia el comunismo porque le parece que ha sacrificado el valor esencial de la libertad en aras de una concepción totalitaria del Estado, de la que abomina; las experiencias socialdemócratas de Europa le parecen inconsecuentes y finalmente servidas del capitalismo. Cree, sin embargo, en la posibilidad de "una sociedad humanizada" ("liberada de la explotación del hombre por el hombre"); busca el socialismo "con rostro humano", "en la libertad y por la autogestión", y estima que la resolución de los problemas actuales de Portugal no podrá hacerse sin esa forma de socialismo. El interesante libro va acompañado de una "cronología sumaria" que arranca de la sublevación de Oporto en 1891 para llegar hasta 1971, con la escisión del partido comunista portugués del Frente Patriótico de Liberación Nacional.